

BAJARSE AL MORO. ACTO I. ESCENA III

JAIMITO. No sé, me apetece. Yo soy un tío muy raro. Me dan bascas, así, de pronto. Hay momento en que una persona me gusta, ¿no?, y entonces, pues al cine.

*(Ella continúa leyendo, siguiéndole con automáticos movimientos de cabeza.)*

Una vez me enrollé con una chica, una vecina mía, cuando vivía en el Puente de Vallecas, antes de venirme aquí a Lavapiés. Trabajaba ella en Simago, allí en la avenida de la Albufera. Era muy maja. Alta, con el pelo largo..., muy maja. Yo la iba a buscar a la salida del trabajo. Nos juntábamos allí un montón de tíos todos los días. Parecía la mili. Esperando allí, a la salida, todos tan serios. Luego ya salían ellas y hala, cogía yo a la Merche y nos íbamos al cine. Todos los días al cine. Sin faltar uno. Al cine. Estuvimos un año y pico saliendo, y nos vimos todos los programas dobles de Madrid. Nos conocían hasta los acomodadores. Luego ya los dejamos. Bueno, la verdad es que fue ella la que lo dejó. Se largó con un rockero, de los de las discotecas y chaqueta de cuero. Un fantasma de éstos. La vi después, al año o así. Una noche. Iba con el tío ese, y unos cuanto más. Me dijo que estaba harta de ira al cine. A gritos, desde la otra acera de la calle: "Estoy harta de cine". Al año y pico, fíjate. Era de noche, me acuerdo muy bien. Me lo podía haber dicho entonces, cuando salíamos. Yo iba porque creía que a ella le gustaba. A mí, tanto cine, la verdad... *(Se da cuenta de que ella hace rato que no le escucha.)* Bueno, te dejo estudiar. Ya me iba. Daré una vuelta por ahí... *(Llega hasta la puerta.)* Hasta luego. ¿Sabes una cosa, Elena? ¡Elena!